

EL CAZADOR DE MARIPOSAS

Una mariposa curiosa pasó revoloteando entre nosotros.

Vladimir Nabokov, *Lolita*

A propósito de novelas —dije—, se acuerda que una vez usted, su marido y yo decidimos que la obra maestra, mal acabada, de Proust era un enorme y demoníaco cuento de hadas [...] un *travestissement sexual*.

Vladimir Nabokov, *Pálido fuego*

Vera había pasado toda la noche corrigiendo las lecciones de su marido, y a la mañana siguiente se sentía cansada, con la mente borrosa. Se encontraba de pie en la cocina, pensando qué hacer de comer. En el jardín, Vladimir trabajaba en sus clases de literatura europea, que el verano anterior había empezado a impartir en la Universidad de Cornell, donde era profesor agregado de literatura eslava. Encima de un montón de papeles descansaba *Mansfield Park*, de Jane Austen, una novela que le parecía anticuada, pero que había decidido introducir en su curso de novelística europea por sugerencia de Edmund Wilson, así como *Casa desolada*, de Charles Dickens, y *Madame Bovary*, de Gustave Flaubert. Vladimir cogió este último libro y buscó entre sus páginas las anotaciones que había hecho en los márgenes, frunciendo el ceño a medida que se concentraba en el trabajo. ¿Novela realista o naturalista? No lo sabía. Era una novela en la que abundaban los detalles inverosímiles.

Una novela en la que un marido joven y saludable no se despertaba jamás en la noche para encontrar la cama vacía, ni oía nunca la arena y los guijarros que el amante de su mujer Emma arrojaba a la contraventana, ni siquiera recibía una carta anónima de algún vecino cotilla. Otra cosa que no entendía era por qué Charles Bovary, que tenía todo el derecho del mundo de culpar a Rodolphe del suicidio de Emma, cuando se encuentra con él le dice: «No le culpo, hay que culpar al destino.»

Vladimir dejó el cuaderno que había empezado a llenar de apuntes esa mañana y cogió la red para cazar mariposas que estaba tirada en el suelo. Se encaminó a los macizos de flores y golpeó entre las ramas. De entre el follaje salió un chico de unos dieciséis años; tenía el pelo rojo, unos grandes ojos azules y una constelación de pecas en las mejillas. Vladimir pensó en una ilustración de Tom Sawyer que había visto en la portada del libro de Mark Twain que Vera había prohibido a su hijo Dimitri que leyera porque *Tom Sawyer* era «un libro indecente». El muchacho llevaba colgada del hombro una mochila desgastada, cuyo contenido había comenzado a salirse por debajo. Dos libros desarmados por la lectura cayeron a sus pies. Vladimir reconoció uno enseguida, porque lo había escrito él: *La verdadera vida de Sebastian Knight*.

—Aquí tienes, muchacho —dijo Vladimir recogiendo los libros del suelo.

El muchacho se quedó mirando los libros como si los viera por primera vez.

—Gracias.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Vladimir.

—Victor Bockris.

Sus rasgos suaves entraban en contraste directo con los de Vladimir, que, en cierto modo, siempre se las había arreglado para tener un aspecto grave tanto dentro como fuera del aula. Eso resolvía un montón de problemas. Nada de «hola». Nada de «¿cómo está

usted?» Nada de perder el tiempo. No obstante, en esa ocasión esbozó una sonrisa casi imperceptible como el sol de esa mañana.

Vera, que se había acercado a la ventana de la cocina, se preguntó qué cosa tan especial podía haber ocurrido aquella mañana para interrumpir la concentración de su marido. Desde donde estaba, no alcanzaba a ver con quién estaba hablando en el jardín. Tan sólo de vez en cuando divisaba un rizo pelirrojo mecido por el viento. La escena cambió, y pudo ver que su marido se acercaba a la casa con un muchacho. Le llamó la atención el color de su pelo. Cuando estuvieron cerca, se acurrucó debajo de la ventana para que no la vieran.

Vladimir entró en la casa seguido de Víctor, que se quedó en el vestíbulo con la puerta abierta. La sala era enorme y poseía una primitiva elegancia centroeuropea. Una fuerte ráfaga de viento agitó el retrato de Vera que había en la mesa del vestíbulo. En la foto, reproducida después muchas veces en periódicos, revistas y libros, Vera estaba sentada en un banco, vestida de negro; detrás de ella, se podía distinguir la suave ladera de césped de un cementerio, cubierta de lápidas antiguas y nuevas, grandes y pequeñas, de piedra roja y granito pulido, que identificaban a sus dueños: Krioukov, Goskino, Dovlatian, Melnikova.

—Vera —llamó Vladimir.

—¡Estoy en la cocina!

—Tenemos una visita.

Vera apareció a los pocos segundos con una sonrisa suspendida entre la nariz aquilina y la barbilla; era una mujer delgada, de huesos muy finos y piel traslúcida. Parte de su encanto consistía en la teatralidad de sus movimientos, como si cada uno de ellos hubiera sido ensayado muchas veces frente a un espejo. Vladimir se preguntó cuántas personas habían descubierto ese hecho.

—Vera, éste es Víctor Bockris; Víctor, Vera, mi mujer— ijo Vladimir.

Vera alargó las dos manos cuando Víctor se acercó a ella.

—¿Vives en el campus? —dijo, elevando con lentitud la mirada hasta que apuntó directamente a los ojos de Victor.

—No, señora.

—En realidad, no es estudiante —dijo Vladimir volviéndose hacia Victor—. Está sólo de paso, ¿no es eso?

—Sí. Me habían dicho que usted daba clases en Cornell y quise venir a conocerlo.

—Pues ya me has conocido. Y ahora que estás aquí, queremos que te quedes a almorzar con nosotros. ¿No es así, Vera?

—Así es, querido.

Vera vio que los ojos de su marido se habían llenado de excitación. En el pasado, él había sido como aquel chico: un adolescente de dieciséis años que estaba seguro de su atractivo y que disfrutaba también cuando las miradas se posaban en él. Durante el tiempo que llevaban viviendo en Ithaca, Nueva York, la fama de Vladimir se había ido difundiendo cada vez más, y un mayor número de personas lo reconocían por la calle. Ella podía ver que él había triunfado —había triunfado finalmente. Pero la fama era tan eterna como un reloj de arena que hay que cambiar de posición en la mañana y en la noche. ¿Qué era duradero? ¿Había algo duradero en este mundo? Vera pensó en San Petersburgo. Y no, tampoco la ciudad fundada por Pedro el Grande había conseguido conservar su nombre por mucho tiempo: San Petersburgo desde 1703 a agosto de 1914; Petrogrado, en un intento de rusificar su nombre con el prefijo eslavo grado o *gorod* (ciudad), desde 1914 a febrero de 1924; Leningrado desde 1924 hasta aquel día.

Cuando estuvieron sentados a la mesa, Vera fue la primera en tomar la palabra, aunque dio la impresión de que hablaba consigo misma. Vladimir sólo tenía ojos para el muchacho, a quien demostró toda clase de atenciones. Vera no acertaba a recordar un solo momento en el que su marido se hubiera mostrado afable y solícito con un intruso. Se quedó mirándole un buen rato, sorprendida por aquella asombrosa transformación. Ya no veía en él al hombre de

cincuenta años. Su semblante se había animado; su bien afeitado rostro tenía color; se notaba una energía juvenil en su voz y en sus ojos. Esa noche el sexo le colgaría redondo y anaranjado como una fruta.

Sólo el aroma del café recién hecho disipó un poco el malestar de Vera, mientras lo traía de la cocina. El resplandor de la bandeja dibujaba formas blancas en el techo y le daba en los ojos obligándola a retirar hacia atrás la cara; ésta era atractiva, todavía arrebolada por su trabajo en la cocina, si bien había entrado un momento en su cuarto para refrescarse la cara con una loción aromática.

—Una comida deliciosa —dijo Vladimir, mirando a Victor.

Victor asintió con la cabeza y obsequió a Vladimir con una sonrisa. Éste se vio asaltado por una docena de emociones, de las que fue desentendiéndose una por una, como cuando desechaba un libro tras otro, devolviéndolos a su sitio en la estantería y volviéndolos a coger, antes de decidirse por uno.

Vera sirvió el café como si aquellas palabras de alabanza no fueran con ella. Miraba ensimismada, como si se hubiera perdido en sus propios pensamientos. Vladimir farfulló algo y el muchacho rió.

—Victor, ¿cuántos años tienes? ¿Catorce? ¿Quince? —preguntó Vera, de repente.

—Dieciséis.

—¿Sabes tus padres que estás aquí?.

—Están muertos —mintió Victor, sin saber por qué.

—Lo siento —dijo Vera, cruzando los brazos delante del pecho, como si quisiera esconderse detrás.

Vladimir se volvió y lanzó a su mujer una mirada de recelo. Seguidamente invitó a Victor a quedarse el verano con ellos, en el cuarto de Dimitri. Su hijo estaba pasando las vacaciones en Inglaterra. Vivía en casa de un primo suyo emigrado de Berlín poco antes de la guerra. El cuarto estaba libre todo el verano. Desde luego, tenía libertad para entrar y salir de la casa cuando quisiera. Y

también podía utilizar la ropa de Dimitri. Sólo había un requisito: las drogas estaban desterradas, pero estaba permitido casi todo lo demás. Victor se dispuso a revisar sus bolsillos para comprobar qué dinero le quedaba. Pero consideró excesiva la molestia de tener que levantarse y, además, lo que encontrase en ellos habría resultado deprimente.

—De acuerdo —dijo.

Vladimir se levantó y le tocó la mejilla, como haciéndole una caricia, pero con todas las reservas que cabe suponer entre un adulto y un adolescente. Victor se quedó inmobilizado durante un instante, después miró por encima del hombro y vio que Vera se alejaba por el pasillo para dejar los platos sucios en la cocina. La bombilla latía con un resplandor mate. Vera puso los platos en el fregadero y miró por la ventana. El cielo mostraba pequeñas nubosidades blancas a trechos irregulares, como migas de pan que marcaran el camino hacia alguna parte. Apoyada contra la empalizada de madera, la bicicleta de Dimitri recordaba vagamente un animal dormido. Todo estaba muy quieto en el jardín. No había movimiento en ningún sitio, excepto una hoja que cayó en espiral y fue a descansar en el vano de la ventana. Parecía una mano que estuviera pidiendo limosna. Vera se volvió, se apoyó en la fría pared de azulejos y con gesto ausente se mordió los labios, aunque ese gesto en ella, y en ese preciso momento, no era de desesperación, sino de nostalgia. Se desprendió de ella como una vieja postal. Vete, vete. No escribas. Adiós.